

Manos sucias, desgastadas y temblorosas, dedos rojos y llenos de sangre. No podía seguir, necesitaba detenerse, pero sabía que si lo hacía no saldría vivo de allí, el capataz se encargaría de ello. Jadeó, le faltaba el aire y se le nublaba la vista pues hacía horas que no bebía. A pesar de todo, todavía guardaba esperanzas de salir. Quizás si encontraba la piedra, ese mineral brillante que los blancos querían tanto, podría salir. Si se hacía con ella la vendería y ganaría una fortuna. No pensaba volver a ver a su familia, después de todo eran los que le habían vendido a los blancos. Podría comprarse ropa de verdad, quizás incluso una casa y podría aprender a leer y escribir. ¡Estaba muy cerca! Quizás encontrara la piedra pronto, ese mineral tan valioso y peligroso al mismo tiempo. Con una sonrisa imperturbable en la cara se escupió en las manos para hidratarlas un poco y siguió golpeando la piedra con su pico. Se sentía motivado, a medio camino entre la fiebre, la histeria, la alegría y la esperanza de encontrar aquel mineral que tanto ansiaba. Sentía algo detrás de la piedra. Una presencia. A pesar del agotamiento y de no sentir apenas los brazos siguió picando, y picando. La desesperanza empezó a apoderarse de él ¿moriría en aquel lugar? Sentía su corazón latir al mismo tiempo que el pico golpeaba la roca. Era una melodía infernal que martilleaba sus oídos mientras trozos de roca que salían disparados hacían cortes en sus brazos y sus mejillas. Tenía que encontrarlo, o si no no volvería a ver la luz del día. Lágrimas empezaron a correr por sus mejillas sin poder detenerlas. Le hicieron ver tan borroso que casi ignoró un pequeño brillo en la pared. Sus ojos se abrieron como platos y su corazón se aceleró. Picó tan delicadamente alrededor de aquel brillo como sus toscas manos le permitieron. Aún así volvió a golpear el mineral, que ni se inmutó. Minó en un espacio más amplio, hasta conseguir rodear el mineral por completo y el pico se le cayó de las manos con un estruendo. La piedra era del tamaño de su puño. Otros mineros se acercaron a su piedra, tratando de apartarle de en medio, pero él, a pesar de estar desnutrido seguía siendo fuerte, y consiguió apartarlos de en medio a puñetazos. Siguió picando y cuando consiguió arrancar el pedazo de roca se aferró a él como si se tratara de una parte de su cuerpo. No consentiría que se lo arrebataran tan fácilmente. Dando algunos codazos para apartar a los mineros del camino corrió. Las piernas le ardían y el corazón le latía tan rápido que sentía que se le podía salir por la garganta, pero nada de eso importaba. No importaba mientras consiguiera salir de allí con el pedrusco. Ya se veía sentado en un trono de oro, con blancos como sirvientes... sí, les vendría bien un poco de humildad al fin. Su desquiciada sonrisa se le heló en la cara al sentir como un disparo retumbaba en el aire. ¡La piedra! No importaba nada más que la

piedra. Se paró de golpe, abrió sus temblorosas manos y suspiró, el mineral estaba intacto. Lo apretó contra su pecho, manchándolo de un líquido rojo oscuro. Cayó al suelo con el diamante entre sus manos, no pensaba dejarlo ir. Sonrió por última vez, todo estaba bien. Iba a salir de allí, con su diamante.

Abril se apartó de golpe de aquel colgante con manos temblorosas. La anciana, de ojos grisáceos, pelo largo y blanco y rostro respetable, respiró hondo y se secó las lágrimas ante la estupefacta mirada del dependiente.

-¿Se encuentra usted bien?-Preguntó.

-Sí, no es nada-Le tranquilizó ella con tranquilidad, como si no hubiese pasado nada.-Creo que este colgante no me gusta. ¿Tiene algún otro para venderme?

El dependiente se aclaró la garganta, y sacó una pequeña caja del mostrador.

-Visto que no le ha gustado el colgante de diamante, le ofrezco uno algo menos valioso, pero mucho más distinguido. Este collar en concreto proviene de México, y está hecho de plata de ley.

Abril vaciló. En México puede que hubiera menos esclavitud que en África, pero seguro que seguía habiéndola en algunos lugares. Le daba miedo volver a ver algo horrible. Había visto cosas increíbles tocando todo tipo de objetos de origen mineral, desde joyas y colgantes hasta objetos cotidianos como móviles o llaves. Había descubierto decenas de maravillosas historias gracias a ello, como las de joyas antiguas pertenecientes a reyes y reinas o fabricadas para ellos, pero también había visto historias llenas de sangre y esclavitud. Gracias a Dios su extraño don había ido disminuyendo con el tiempo. Cuando era pequeña era capaz de ver el pasado de prácticamente cualquier objeto, pero ahora a sus ochenta y tres años tan sólo sentía esa conexión especial con joyas, y a veces ni siquiera llegaba a ver su historia completa como en el caso del colgante de diamante que acababa de tocar. Ella no despreciaba su don, al contrario, le encantaba averiguar las historias que encerraban los objetos a su alrededor. Además, descendía de una familia rica y conocida, lo cual le había permitido estar en contacto con muchísimos minerales y gemas de familia y comprados, aunque al contrario que otros millonarios no buscaba la rareza o el valor de las piedras. Sólo quería una piedra con una bonita historia que pudiese llevar puesta. Había visto hasta el momento ciento sesenta y siete joyas distintas sin resultado. Solían haber sido obtenidas de minas ilegales, a

través de la esclavización o usando métodos sucios y causando con su minería la infertilización de muchas tierras.

Parpadeó, se estaba desconcentrando.

-¿Puedo ver el collar?

-Sí, por supuesto-Accedió el dependiente, entregándole la caja.

Inspirando hondo Abril tocó el collar.

Suspiró mientras tocaba su pedazo de plata. Era aproximadamente del tamaño de su puño ¿Debería venderlo? Era lo único que le pertenecía totalmente, pero no tenían apenas comida en casa. La cosecha no había dado sus frutos, y todo debido a la mina que había al lado. Cuando purificaban la plata echaban todos los residuos al río, haciendo que el agua estuviera contaminada y, al llegar a los cultivos hiciera la tierra infértil. Sin embargo, era el único oficio de la familia y no conseguían encontrar otros trabajos. Su madre había conseguido hacer de asistente, pero había fallecido hacía ya unos meses por el agotamiento, y el dinero que les había dejado se les estaba acabando. Su padre había conseguido ese mineral un día en el que pasó cerca de la mina y lo vislumbró tirado entre unos arbustos y se lo había regalado, eso había ocurrido cinco semanas antes de su lesión. Ahora sólo andaba por casa borracho la mayor parte del tiempo y despotricaba contra el gobierno. Ella era ya casi una adulta, tenía diecisiete años, y podía aguantar comiendo la mitad de lo normal, pero sus tres hermanos pequeños no eran capaces. El rugir de los estómagos se había convertido ya en una melodía usual para su familia. Abrió la caja con los ahorros, quedaban tan solo unos mil quinientos pesos, y eso que su padre había pedido varios préstamos. Esa ínfima cantidad era lo único que tenían para ese mes. No dudaría más, vendería ese mineral en cuanto tuviera la oportunidad.

-¡Hija mía, ven aquí!-Gritó su padre desde la entrada de la casa.

Ella obedeció y guardando su mineral en su puño, a pesar de que apenas le cabía, y se apresuró a la entrada. Frunció el ceño al ver a unos hombres en la puerta. Medían casi dos metros y portaban fundas de pistolas en el cinturón.

-Les estaba diciendo a estos hombres que tú poseías un precioso mineral que podrías ofrecerles a cambio de nuestra deuda-Le hizo un gesto a su hija con la cabeza, pero ella negó con la cabeza.

-¡Pero papá, es lo único que nos queda! ¡No podemos dárselo!-Se quejó.

Él le acalló con una mirada fulminante y le agarró del brazo, cogiendo el mineral por la fuerza.

-¡Papá, no, por favor!-Lloró ella.-¡Nos moriremos de hambre!

Su padre hizo caso omiso de sus súplicas y entregó la plata a los hombres, todavía agarrando a su hija por el brazo.

-¿Ven? Es plata de la mejor calidad. Estoy seguro de que vale mucho más de lo que os debemos.

Los hombres asintieron con la cabeza y cuando finalmente se fueron, su padre cerró la puerta.

-¡¿Se puede saber en que estabas pensando?!-Le gritó a su hija, cruzándole la cara de un bofetón.-¡¿Sabes lo que me hubieran hecho esos hombres si no les hubieras dado la plata?!

Tras la reprimenda, su padre se fue al bar como siempre a desperdiciar el dinero que les quedaba.

-¿Hermanita, que hay hoy de cenar?-Le preguntó el hermano menor, de unos cinco años tirándole de la manga.

Ella tan sólo pudo responder con una triste sonrisa.

Abril dejó el collar en su caja y parpadeó para contener sus lágrimas. No pensaba comprar algo que hubiese perjudicado a aquella pobre muchacha, y seguramente a muchas otras familias,

-¿No podría enseñarme algún colgante un poco más... sencillo?-Le pidió al dependiente.

Él suspiró, pensando que quizás la aparentemente millonaria anciana no poseía tantas riquezas.

-Sí, supongo que puedo enseñarle alguno más... económico. Espere que busque en el almacén.

Tras esperar unos diez minutos, Abril vio cómo el dependiente volvía con una gran caja en las manos.

-Aquí tengo unos de los colgantes más baratos en esta joyería. Sus precios son entre cien y trescientos euros, y hay algunos de oro, plata, paladio...

Abril se fijó inmediatamente en uno con apariencia más modesta, con una cadena plateada y una gema azulada y opaca en forma de luna. No era especialmente bonito ni llamativo, y sin embargo su modestia era lo que más le atraía. Le daba miedo tocarlo, su historia sin duda

prometía, y quería reservarla para más tarde.

-Quiero que me hable sobre ese.

-¿Ese?-Se extrañó el dependiente.-No es de muy buena calidad comparado con los demás, de hecho, ni siquiera sé lo que hacía en esa caja. Tan sólo cuesta treinta y cinco euros e iba a ser destinado a otra de nuestras joyerías menos prestigiosas.

-No importa, usted cuénteme.

-Veamos... este colgante lleva un lapislázuli, y su cadena es de plata.

-¿Eso es todo? ¿No sabe algo más de su procedencia?

-Bueno, puedo decirle que el lapislázuli proviene de una mina española que está regida por una familia, y es famosa por la calidad de sus productos, el cuidado a sus trabajadores y puntera en respeto al medioambiente, mire, aquí en la caja puede ver un icono que certifica que no se ha dañado la naturaleza al extraer y purificar este mineral, ya que viene de una mina sostenible, pero no puedo decirle nada más del colgante.

-Perfecto-Sonrió Abril.-Lo quiero.

El dependiente calló mientras que, con un rostro que delataba una tamaña decepción, envolvía la caja en una bolsa y se la entregaba a Abril.

-Son treinta y cuatro con noventa.

Abril asintió con la cabeza y tras pagar, cogió la bolsa entre sus manos y la estrechó contra su pecho. Definitivamente esa sería la historia que estaba buscando.

Dos días después, Pedro, el dependiente de la tienda salía de su casa a tomar su café matutino cuando vio en los titulares del periódico una foto de la anciana a la que había atendido el día anterior.

“La millonaria Abril Díaz ha sido encontrada muerta en su habitación.

Las causas de su muerte todavía no están claras, pero se especula que murió pacíficamente mientras dormía. Algo que los forenses han señalado es que su rostro sonreía, y que entre sus manos había un colgante de lapislázuli en forma de luna.”

